

enemigos; y David sorprendió doscientos Filisteos, y se llevó sus prepucios y los entregó al rey bien contados.

Al objeto directo que se propone adquiriendo trofeos, se asocia un motivo indirecto que desempeña un gran papel en el desarrollo de la costumbre. Al tratar la cuestión de las ideas primitivas, vimos que el salvaje, dotado de un espíritu de análisis escaso, cree que las cualidades de un objeto residen en todas sus partes, y sobre todo se lo imagina con los caracteres de un hombre. Vimos que de esta idea nacen las costumbres de engullir partes de los cuerpos de los padres muertos, ó de beber en el agua el polvo de sus huesos molidos, á fin de hacerse propietarios de sus virtudes; la de devorar el corazón de un enemigo valeroso para adquirir su valor, ó sus ojos para ver á mayor distancia; la de abstenerse de la carne de ciertos animales por temor de adquirir su timidez.

Otra de las consecuencias de la creencia de que el espíritu de cada individuo está esparcido por toda su persona, es la de que la posesión de una parte de su cuerpo confiere la posesión de una parte de su espíritu, y por consiguiente, un poder sobre este espíritu. De ello resulta que todo cuanto se hace con la parte conservada de un cuerpo produce un efecto sobre la parte correspondiente del espíritu, y que puede ejercerse una violencia sobre el espíritu del muerto maltratando sus reliquias. De ahí, como ya vimos, el origen de la hechicería; de ahí el uso tan general entre los hechiceros primitivos, de hacer ruido golpeando unos con otros los huesos de muertos; de ahí el polvo obtenido machacando huesos de muertos, de que se sirven los nigrománticos del Perú; de ahí la costumbre que hallamos en nuestras tradiciones de hechicería en las que vemos á los hechiceros servirse de ciertas partes del cuerpo para componer encantamientos.

Después de haber atestiguado la victoria alcanzada sobre un enemigo, un trofeo desempeña, pues, otro papel: sirve para dominar su espíritu, y tenemos hechos que prueban que la posesión de este trofeo hace un esclavo del espíritu, en cierta manera. La primitiva creencia, que se halla en todas partes, de que los duplicados de los hombres y de los animales inmolados sobre las tumbas acompañan al duplicado del muerto para servirle en el otro mundo; la creencia que aquí lleva á la inmolación de las mujeres del muerto para darle compañeras que vivirán en su casa, allá, al sacrificio de los caballos de que necesita para su viaje de ultra-tumba, acullá, en fin, á matar perros que servirán de guías al duplicado de los muertos; esta creencia es en muchas partes el punto de partida de una creencia análoga, según la cual basta deponer sobre

la tumba del muerto una parte de los cuerpos, para que los hombres ó los animales á que ella pertenece se conviertan en criados suyos. De aquí proviene que en muchas partes se decoran las tumbas con huesos de buey, que en otras se depositen en ellas las cabezas de enemigos ó de esclavos, y hasta cabelleras. Entre los Osages, dice Mr. Tylor, se vé algunas veces «sobre el rimero de piedras levantado sobre un cuerpo, una pértiga de cuyo extremo cuelga la cabellera de un enemigo. Estos salvajes piensan que, cuando se apoderan de un enemigo y cuelgan su cabellera sobre la tumba de un amigo muerto, el espíritu de la víctima se halla sujeto en la tierra de los espíritus al del guerrero enterado (1).» Los Ojibues tienen una costumbre análoga que deriva probablemente de la misma idea (2).

Conviene no olvidar una transformación colateral del acto de tomar un trofeo, transformación que desempeña un papel en la reglamentación gubernamental. Me refiero á la exposición de las partes del cuerpo de los criminales.

Nuestro espíritu, más avanzado, distingue perfectamente entre el enemigo, el criminal y el esclavo; pero el hombre primitivo apenas los distinguía. Despojado total, ya que no absolutamente, de sentimientos y de ideas á las cuales damos el nombre de morales, reteniendo por la fuerza cuanto le pertenece, arrancando al que es más débil que él la mujer ó los objetos que posee, matando sin vacilar á su propio hijo si le estorba, ó á su mujer si le ofende, y algunas veces muy ufano de oír que se le reconoce matador de ciertos miembros de su tribu, el salvaje no tiene ninguna idea distinta del bien y del mal abstractos. Los placeres y las penas que el bien y el mal le procuran inmediatamente, son las únicas razones que tiene para llamar á las cosas buenas ó malas. Por esto la hostilidad y los sufrimientos que ellas le causan excitan en él el mismo sentimiento, ya proceda el agresor del exterior ó del interior de la tribu: el enemigo y el criminal se confunden.

Esta confusión que en nuestros tiempos parece extraña, se nos hará más comprensible si recordamos que en los primeros tiempos de la historia de las naciones civilizadas, los grupos de familias que formaban las unidades del grupo nacional, eran en gran parte sociedades independientes, colocadas unas respecto de otras en situaciones bastante parecidas á la de una nación respecto de otra. Tenían sus pequeñas guerras de venganza como la nación tiene sus grandes guer-

(1) Tylor. *Primitive Culture*. London, 1871, 2.^a ed., I, 416.

(2) Hidn. *Canadian Red River Exploring Expedition*. London, 1860, II, 123.

ras de la misma clase. Cada grupo de familia era responsable para con los otros de los actos de sus miembros, como lo es cada nación respecto de las demás, de los actos de sus ciudadanos. Se tomaba venganza hiriendo á individuos inocentes de una familia culpable, como se tomaba también hiriendo á ciudadanos inocentes de una nación culpable. Finalmente, el autor de la agresión inter-familiar que correspondía al criminal de los tiempos modernos, se hallaba en una situación análoga á la del autor de una agresión internacional. Era, pues, natural que fuese tratado de la misma manera. Ya hemos visto cómo en la Edad Media, las cabezas de los enemigos de la familia (asesinos de los miembros de esta familia ó ladrones de su propiedad) eran expuestas como trofeos. Según Estrabon, entre los Galos y demás pueblos del Norte, las cabezas de los enemigos muertos en los combates eran arrebatadas y frecuentemente clavadas á la puerta principal de la casa, y bajo la ley sálica, fijábanse sobre estacas delante de la puerta las cabezas de los enemigos particulares de los dueños de la casa; estos ejemplos muestran que la confusión entre el enemigo público y el enemigo privado estaba asociada á la costumbre de tomar trofeos de uno y otro. Puede hallarse una asociación análoga en las costumbres de los Judíos. Judas da orden de cortar la cabeza y la mano á Nicanor, y las lleva como trofeos á Jerusalem; era ésta la mano que el vencido extendiera en su blasfema jactancia. El tratamiento aplicado al criminal extranjero tiene su parecido en el que David hace sufrir á criminales no extranjeros; éste no se contentó con apoderarse de los cadáveres de los matadores de Ishboseth, sino «que les hizo cortar las manos y los piés.»

Puédese, pues, deducir con razón que la costumbre de exponer en patíbulos á los criminales ejecutados, ó su cabeza sobre picas, tiene por origen la costumbre de tomar trofeos á los enemigos muertos. Sin duda que, generalmente no se exponía más que una parte del enemigo muerto; pero algunas veces se hacía con el cuerpo entero. El cadáver de Saul, por ejemplo, separado de su cabeza, fué colgado por los Filisteos en las murallas de Bethszan. Finalmente, si la costumbre de exponer entero el cuerpo del criminal es más frecuente, probablemente consiste en que no se le ha de transportar á una gran distancia, como sería menester hacerlo con el de un enemigo.

Aunque ninguna relación directa existe entre el acto de apoderarse de un trofeo y el gobierno ceremonial, los hechos precedentes enseñan relaciones indirectas que nos obligan á tener en cuenta esta costumbre. Esta entra como factor en la constitución de las tres formas de autoridad social, política y religiosa.

Si en los primitivos estados sociales se honra á los hombres segun su valor y se estima su bravura unas veces segun el número de cabezas que pueden ostentar, otras por el número de mandíbulas y otras por el de cabelleras; si estos trofeos se conservan de una á otra generacion, en fin, si crece el orgullo de las familias con el número de trofeos conquistados por sus mayores; si los Galos del tiempo de Posidonius depositaban en cofres con el mayor cuidado las cabezas de aquellos de sus enemigos que pertenecian al más elevado rango, embalsamándolas con aceite de cedro, para mostrarlas á los extraños y envanecerse con ellas (1) hasta el punto de que ellos mismos ó sus padres rehusaban cederlas por importantes sumas de dinero, claro es que la posesion de los trofeos se convierte en el punto de partida de una distincion de clase. Cuando vemos que en ciertos países la clase de un individuo varia segun la cantidad de hosamentos que posee dentro ó fuera de su morada, no podemos negar que la exposicion de estos testimonios de superioridad personal crea en su favor una influencia reguladora en las relaciones sociales.

A medida que se desarrolla la autoridad política, el acto de adquirir trofeos se convierte en ciertos países en un medio de conservar la autoridad. Además del temor respetuoso que inspira el jefe cuando puede mostrar su poder de destruccion con numerosos trofeos, inspira otro mayor aun cuando transformado en rey y colocado por encima de los jefes de las tribus sometidas á su autoridad, añade á sus propios trofeos los que otros conquistan para él; y este temor se convierte en terror cuando expone en gran número las reliquias de los jefes que ha hecho matar. Cuando la costumbre reviste esta forma avanzada, la recepcion de estos trofeos conquistados en comision se transforma en una ceremonia política. El monton de manos depositado á los piés del rey egipcio era un medio de adquirir su gracia, de igual manera que en nuestros dias los cargamentos de mandíbulas enviadas por el general achante á su rey. Se cuenta que los soldados de Timur debian obedecer la orden absoluta de traer un número dado de cabezas (2), prueba de que la presentacion de los trofeos se convierte en una formalidad destinada á expresar la obediencia. Pero no es solo de esta manera como la costumbre de que tratamos da lugar á un efecto político. Debemos tambien mencionar la especie de temor gubernamental que deriva de la costumbre de exponer los cuerpos ó las cabezas de los criminales.

Aun cuando el acto de ofrecer una parte de un enemigo muerto para con-

(1) Diodoro de Sicilia, V, 2.

(2) Gibbon. *History of the Decline, etc.* 1130.

quistar la gracia de un espíritu, no forma entre las prácticas que componen lo que se llama generalmente ceremonial religioso, evidentemente no deja de formar parte de él cuando tiene por objeto ganar la gracia de un dios que era antiguamente el espíritu de un antepasado. Un hecho nos enseña la transicion. Cuando dos tribus de Khonds empeñan la batalla, «el primer guerrero que mata á su adversario le corta el brazo derecho y le lleva corriendo al sacerdote á retaguardia del campo de batalla, y éste lo deposita como ofrenda sobre la tumba de Laha Pennu (1).» Laha Pennu es el dios de los ejércitos de los Khonds. Comparemos estos hechos con otros, por ejemplo, con el que tenia lugar en presencia del dios tahitiano Oro, al cual frecuentemente se inmolaban víctimas humanas y al que se levantaban murallas «enteramente formadas de cráneos humanos» que habian pertenecido «en su mayor parte, sino todos, á guerreros muertos en las batallas (2).» Vemos que el culto de ciertos dioses consistia en llevarles y amontonar alrededor de sus altares, pedazos de los cuerpos de enemigos muertos, y por regla general condenados á muerte para obedecer las órdenes de estas divinidades. Lo que confirma esta induccion, es que vemos otras clases de despojos servir para un uso parecido.

Los Filisteos no se contentaron en manera alguna con exponer únicamente los restos del rey Saul, suspendiendo «sus armas en el templo de Astaroth.» Los Griegos elevaban numerosos trofeos formados de armas, broqueles y cascos quitados á los muertos, «y los consagraban á ciertos dioses (3).» Los Romanos depositaban los despojos reunidos en el campo de batalla, en el templo de Júpiter capitolino. Los Fijianos, pueblo muy dado á buscar por todos los medios la gracia de sus sangrientas divinidades, «no dejaban nunca de llevar las banderas por ellos conquistadas, á la *mbure* (ó templo), y de suspenderlas allí como trofeos (4).» Centenares de espuelas de oro de los caballeros franceses muertos en la batalla de Courtray, fueron depositadas por los Flamencos en la iglesia de esta ciudad (5). En Francia suspendíanse de las bóvedas de las iglesias las banderas tomadas al enemigo (costumbre que no es desconocida en la protestante Inglaterra) (6). A estos hechos se podrian añadir los que antes hemos citado, si esta adición no diera que pensar una cosa imposible; la de que

(1) Lieut. Macpherson. *Report upon the Khonds, etc.* 57.

(2) Rev. W. Ellis. *Polynesian Researches*. I, 488.

(3) Potter. *Archæologica Græca or the antiquities of Greece*. Edimburgo. 1827, II, 109.

(4) Capt. Wilkes. *United States Exploring Expedition*. Philadelphia. 1845, III, 79.

(5) Chéruel. *Dictionnaire historique*. Paris, 1855, 358.

(6) Liber. *Collection VI*, 127.

los Cristianos creían agrandar *al dios de amor* con actos parecidos á los que agradan á las divinidades diabólicas de los Caníbales.

Los resultados á que más adelante llegaremos, nos obligan á mentar otra verdad general, la única que falta manifestar, y tan evidente, que casi no merece la pena de hacerlo. El acto de tomar trofeos va directamente unido á la fase militante. Toma nacimiento durante la fase primitiva, enteramente absorbida por la lucha contra los animales y los hombres; se desarrolla al mismo tiempo que crecen las sociedades conquistadoras en las que las guerras perpetuas engendran el tipo de estructura militar; disminuye á medida que la industria en vías de crecimiento sustituye cada vez más con su actividad productiva la destructiva; y finalmente, puede decirse que el industrialismo completo necesita la desaparición completa de aquel acto.

Fáltanos, no obstante, indicar la significación principal del acto de tomar trofeos. La razón de comprenderle en la materia del gobierno ceremonial, aun cuando no pueda llamársele una ceremonia, es la que puede explicarnos una multitud de ceremonias por todas partes en boga entre los pueblos no civilizados ó semi-civilizados. De la costumbre de cortar y arrebatar partes del cuerpo muerto, salió la costumbre de cortar partes del cuerpo vivo.

MUTILACIONES

Facilitará más nuestra tarea si reunimos indirectamente los hechos y las conclusiones que debemos deducir.

La antigua ceremonia de la investidura en Escocia, terminaba de la manera siguiente: «El apoderado del superior se inclinaba, cogía una piedra y un puñado de tierra y lo entregaba al apoderado del vasallo, confiriéndole con esta formalidad la *posesion real, efectiva y material* del feudo (1).» En un pueblo poco civilizado, muy apartado de Escocia, se encuentra una formalidad análoga. El Khon, cuando vende su pedazo de tierra, invoca á la divinidad del lugar y la pone por testigo de la venta, «después entrega un puñado de tierra de su predio al comprador (2).» De los ejemplos en los cuales vemos expresar la

(1) John Hill Burton. *History of Scotland from Agricola's Invasion*. Edimb., 1867, I, 398.

(2) Macpherson. *Report upon the Khonds, etc.* 46.

transferencia del suelo por medio de esta formalidad, podemos pasar á aquellos en que se emplea una formalidad análoga para ceder el suelo en demostración de sumisión política. Cuando los Atenienses pidieron auxilio á los Persas contra los Espartanos, después del ataque de Cleomeno, exigióse de ellos en cambio de la protección que solicitaban, un reconocimiento de sumisión, y este reconocimiento se cumplió mandando un presente de tierra y agua. En las islas Fiji un acto análogo tiene análoga significación. «El *soro* con su cuévano lleno de tierra... tiene generalmente relación con la guerra. La parte más débil lo ofrece para significar que cede sus tierras á los vencedores (1).» Lo propio en la India. «Cuando Tu-uen-hsin mandó, há diez años, su *Panthay* en comisión á Inglaterra, los miembros que la componían llevaron consigo trozos de piedra arrancados de los cuatro ángulos de la montaña (Tali), lo que era la expresión más formal de su deseo de hacerse feudatario de la corona británica (2).»

Consistente, pues, el acto en dar únicamente una parte en lugar del todo cuando el todo no puede transmitirse por un procedimiento mecánico, es una ceremonia simbólica; pero aun antes de recurrir á la interpretación que vamos á dar, podemos decir que esta ceremonia se acerca todo lo posible á la transferencia efectiva. No obstante, no estamos obligados á considerarla como un artificio intencionalmente inventado; por el contrario, podemos relacionarla con una ceremonia de un género más sencillo que la aclara y es á su vez aclarada por ella. Me refiero al acto de dar una parte del cuerpo del hombre para dar á entender que se cede su totalidad. En las islas Fiji, cuando los tributarios se acercan á sus señores, un mensajero les grita: «Es menester que os cortéis vuestros *tobes* (mechones de pelo que llevan en forma de cola) (3),» y se los cortan. Diráse tal vez que este acto es también un acto simbólico, un artificio intencionalmente inventado más bien que un acto que derive naturalmente de otro. Llevemos un poco más allá nuestro estudio, y volveremos á hallar el hilo que nos conducirá al acto del cual éste naturalmente deriva.

Primeramente, recordemos el honor que va unido al hombre que aumenta el número de estos trofeos. Entre los Shoshones por ejemplo, «el guerrero que mayor número de cabelleras conquista es el que más gloria alcanza (4).» Una-

(1) Williams and Calvert. *Fiji and the Fijians*. London, 1860, I, 31.

(2) E. C. Baber. *Notes of a Journey through Western Yunnan*. Foreign Office Papers, 1877.

(3) Capt. Erskine. *Journal, etc.* 424.

(4) Bancroft. *The Native Races, etc.* I, 433.